



La tienda de dulces de Joana

En un pueblo entre montañas verdes y ríos tranquilos vivía Joana. Era una niña de gran corazón, sonrisa alegre y cabeza llena de sueños.

Desde pequeña deseaba ver felices a los demás niños del pueblo. Sin embargo, algunos parecían tristes y desanimados. Joana se preguntaba cómo podría acompañarlos y devolverles la sonrisa.

Entonces imaginó una tienda especial, llena de dulces, juegos y conversaciones, donde todos pudieran pasar un rato agradable.

Con ilusión y ayuda de sus padres, empezó a preparar el lugar. Pintaron las paredes de colores vivos, colocaron mesas y sillas pequeñas y decoraron los rincones con globos y luces.

Cuando estuvo listo, abrieron las puertas y colgaron un cartel: «¡Bienvenidos a la tienda de dulces de Joana!».

Los niños entraron tímidamente, con los ojos brillantes. Joana los recibió sonriendo y les enseñó lo que habían preparado: pasteles de chocolate, galletas de mantequilla y bombones de muchas formas.

La noticia se extendió por el pueblo. Pronto la tienda se convirtió en un lugar para compartir una merienda, contar historias y jugar. Joana



escuchaba a sus amigos y descubría que su compañía era tan importante como cualquier dulce.

Quiso llevar aquella alegría a más personas y organizó con su familia una fiesta en la plaza. Invitaron a los niños y a sus padres a compartir juegos, música y algunas de sus recetas favoritas.

La plaza se llenó de risas y aromas deliciosos. Los niños bailaban y saltaban alrededor de las mesas. Joana miró los rostros sonrientes y se alegró de haber creado un lugar donde nadie tuviera que sentirse solo.

La tienda siguió siendo uno de los rincones preferidos del pueblo. Joana continuó cuidando de sus clientes y escuchando sus historias. «¡Con un poco de dulzura, todo es mejor!», decía. Había aprendido que los pequeños gestos, hechos con cariño y dedicación, podían alegrar un día entero.